

DISCURSO DE LUIS DE LA PUENTE UCEDA

(PLAZA SAN MARTÍN, 1964 – FRAGMENTO)

En 1964, Luis de la Puente Uceda pronunció un discurso en la histórica Plaza San Martín que, visto desde la actualidad, sorprende por su vigencia. Hoy, en plena etapa electoral, sus palabras resuenan con fuerza, pues muchas de las críticas que formuló entonces guardan inquietantes similitudes con los problemas electorales y las prácticas electoreras que aún enfrentamos. Aunque el contexto político, económico y social es distinto, el trasfondo que denunció —promesas vacías, manipulación del discurso público y distancia entre la retórica y la realidad— mantiene ecos reconocibles.

ELECCIONES Y COMPONENTAS: UN CAMINO SIN SALIDA

“El MIR, consciente de todo lo anterior, se abstuvo de participar en las elecciones de 1962 y 1963, así como en las municipales de diciembre del año anterior. Por mantener inflexible esta línea, se nos calificó de diversas maneras, incluso por dirigentes de la izquierda. Hoy más que nunca estamos seguros de que nos asiste la razón.

Decíamos alguna vez que, si el pueblo del Perú, en una campaña gigantesca y millonaria, hubiera conocido y creído las plataformas de los distintos grupos de izquierda y

hubiera votado mayoritariamente por algún revolucionario; y que, además, se hubiese constituido un parlamento integrado también mayoritariamente por revolucionarios, aun en ese caso hipotético los problemas del Perú no habrían podido ser encarados, y mucho menos resueltos.

Hablamos de ese caso y lo consideramos hipotético e ilusorio, porque los partidos de izquierda no contamos con los 40 o 50 millones de soles que cuesta cada campaña.

Los partidos de la burguesía, de los terratenientes y de los agentes del imperialismo pueden disponer de subvenciones del Banco de Crédito, del Banco Popular, de la Sociedad Nacional Agraria, del gobierno de Venezuela del traidor Betancourt, de la International Petroleum Company, de la Cerro de Pasco Corporation, de la Marcona Mining Company, de Toquepala, etcétera. Ellos sí están en condiciones de gastar 40 o 50 millones de soles en la campaña de 1962 y otra cantidad semejante en la de 1963.

Entonces no cabe competencia. Además, ellos lo tienen todo en sus manos: cuentan con el aparato represivo a su servicio —autoridades políticas, policía, investigaciones—; controlan los

medios de comunicación — prensa, radio, televisión—; disponen de recursos para movilizarse; tienen autoridades que garantizan sus actuaciones; dinero para pagar alquileres, y gozan de impunidad para sus matones. Lo tienen todo.

La izquierda yerra gravemente cuando escoge como método fundamental de lucha el camino electoral. Las consecuencias ya las hemos visto en las dos últimas campañas: ambiciones desencadenadas, divisionismo, derrota, escepticismo, confusión y abandono de los verdaderos objetivos.

Pero, volviendo al caso del triunfo de un revolucionario con un parlamento revolucionario, sostenemos que también es ilusorio, porque el problema no termina cuando se depositan los votos. La oligarquía controla el aparato electoral: puede cometer fraude, alterar los resultados de los escrutinios; y, si el fraude no diera resultado, puede montar un complot para encarcelar al candidato triunfante y a sus acompañantes, o anular las elecciones. Y aun si el revolucionario fuese investido con la banda presidencial, la primera medida revolucionaria que dictara encontraría la respuesta de la oligarquía y del imperialismo: la cárcel o el destierro... y asunto terminado.

Porque existe un cancerbero que custodia los intereses de la oligarquía y del imperialismo, y mientras ese cancerbero no sea removido, no habrá solución posible.

El poder político es expresión del poder económico, con la garantía de la fuerza armada.

El sistema imperante está perfectamente acondicionado con métodos,

medios e instituciones que sirven únicamente para defender los intereses de la minoría privilegiada. Es ilusorio, ingenuo e infantil pensar que la oligarquía y el imperialismo se dejarán arrebatar el poder real con sonrisas, pactos, componendas o nobles invocaciones.

Es necesario abandonar esos trillados caminos del electoralismo y el parlamentarismo. El pueblo peruano exige, en estos

momentos, un cambio de lenguaje. Nuestros campesinos, pese a su bajo nivel cultural y político, nos están indicando cuál es la forma de hablar. No equivoquemos el camino. No confundamos más a nuestro pueblo. Digámosle lo que espera escuchar. No caigamos en la trampa electoralista que nos tiende la oligarquía. No nos hagamos la ilusión de llegar al poder, o de compartirlo, por la vía de la transacción y de las elecciones”.

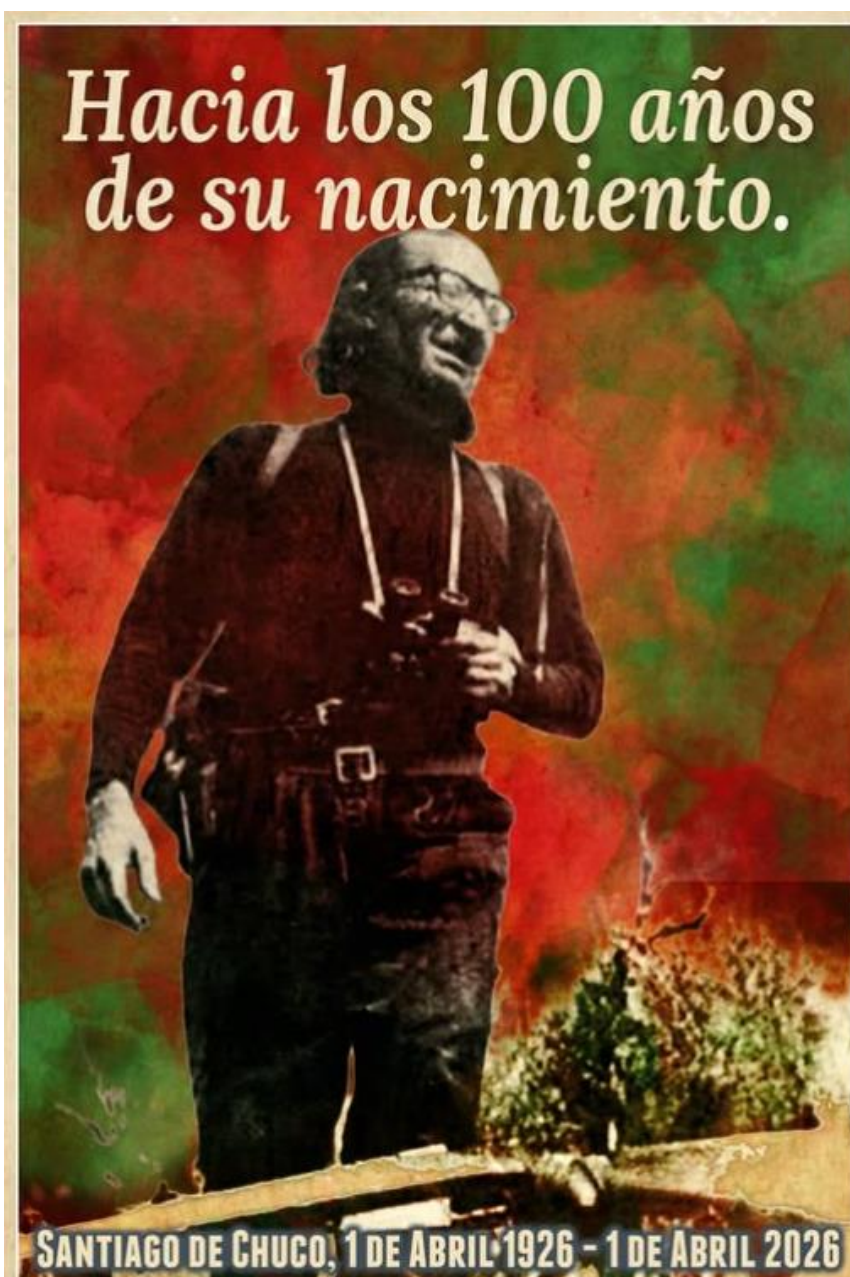


Foto: Santiaguinos de oro